sustentó á mas de trescientos pobres; cosa por cierto maravillosa, y que da claro testimonio de lo mucho que Dios favorecia las empresas piadosas de su fiel siervo.

Quedó admirada toda la ciudad de la grande obra que Vicente habia emprendido y terminado, y por ella todos le aclamaban por varon prodigioso: todos buscaban en él el consuelo en los trabajos y el consejo en las dificultades: todos querian detenerlo y que hiciese allí su asiento; pero la humildad de Vicente huia de todo, y por no poder sufrir tanta reverencia y elogio, partió sin despedirse de nadie, dejando á todos admirados del poco apego que con esto manifestaba á los honores del mundo.

CAPITULO IX.

Elige S. Francisco de Sáles á Vicente por primer padre espiritual y superior de las monjas de la Visitacion en Paris, y con cuánta dignidad desempeñó este oficio.

Dios por medio de su gran siervo S. Francisco de Sáles, hizo nacer en la Iglesia la órden de la Visitacion, que ha dado tan gran número de modelos de virtud. La venerable madre de Chantal, piedra fundamental de aquel edificio, y á quien el Santo habia enviado á Paris para que fundase el monasterio, dió tantas pruebas de santidad y tan maravillosos ejemplos de heroicas virtudes, que en breves dias la siguieron muchas almas, consagrándose al servicio del Divino Esposo, y caminando por la senda que les trazaba tan esperimentada maestra. Faltaba solamente á estas almas puras, para mantenerse en el cumplimiento de las obligaciones de su instituto y crecer en la perfeccion, un director que las guiase y alentase en el camino, y las enseñase á vencer las dificultades y despreciar los peligros que en el se encuentran.

Bien sabia su glorioso fundador S. Francisco de Sáles que era dificil cosa encontrar una persona en quien concurriesen la bondad, instruccion y prudencia necesarias para gobernar aquella casa, pues como decia, un buen confesor se debe escoger entre diez mil; así es que con activa diligencia trataba de que se

eligiese un sujeto que desempeñase este cargo debidamente, y confió el acierto de esta resolucion á un exámen maciso y dilatado. Habia en Paris muchos sacerdotes en quienes pensar para este nombramiento; pero Dios habia querido señalar á Vicente para que ganase aquellas almas para el servicio de su Magestad. Grande era el concepto que de él habia formado el santo prelado, pues hablando un dia con el Sr. Coqueret, uno de los mas sabios doctores de aquella Universidad, le dijo, «que no habia conoci-« do hombre ni mas sabio ni mas virtuoso que Vicente;" y donde está el testimonio de San Francisco de Sáles, parece que está de sobra cualquiera otro. Hízose al fin eleccion, que recayó en Vicente; la venerable madre de Chantal, fundadora, quedó muy contenta de ello, y luego continuó hasta su muerte confesándose con el siervo de Dios, siguiendo su consejo en todas las cosas tocantes á su espíritu y al progreso de su religion, encontrando siempre, como se ve en sus cartas, en la direccion de Vicente, luz para aclarar sus dudas y consuelo en sus aflicciones internas.

Con igual zelo y prudencia gobernó Vicente aquel primer monasterio que se fundó en Paris poco antes de la muerte de S. Francisco, como otros dos que se fundaron despues y otro que tambien se fundó en la inmediata ciudad de S. Dionisio, que, como han testificado aquellas venerables religiosas, floreció todo el tiempo que el siervo de Dios las asistió, manteniendo el espíritu del instituto y la observancia de las reglas con una suave fortaleza que obraba poderosamente en los corazones de ellas, Han referido entre otras cosas, que el mayor empeño de Vicente era conformarse en todo con lo que el santo fundador y la fundadora habian establecido, sin alterar cosa alguna por pequeña que pareciese, y aun cuando para ello hubiese bastante causa; de modo que en treinta años que estuvieron á su cargo aquellos monasterios, nada añadió, ni quitó, ni modificó de su primera planta. Propio es de la humildad no atreverse á establecer nuevas reglas, y obedecer puntualmente las ya fundadas; y en las religiones las novedades suelen perjudicar, porque al introducirlas acontece que no agradando á todos, se hacen causa de discordias; así es que lo mas seguro en esto es observar bien lo que dejaron establecido los antiguos; y nunca caerian en la relajacion los monasterios, si observasen puntualmente sus primeros institutos, y no introdujesen innovaciones y abusos.

Tambien tuvo el siervo de Dios gran cuidado en el recogimiento de las religiosas, mandando cerrar la puerta á las visitas que eran causa por su frecuencia, de que se faltase á la estrechez de la clausura. Negábase á las instancias de señoras principales que solicitaban licencia para entrar á los monasterios y comunicar con aquellas venerables esposas de Jesucristo, á no ser que fuese alguna fundadora ó particular bienhechora, cuyos nombres tenia escritos para que á ninguna otra por ningun pretesto se le permitiese la entrada; y fué en esto tan rígido, que enviándole un recado la reina para que á una dama suya se le permitiese entrar en el primer monasterio de la Visitacion, se escusó Vicente representando con vivas razones el daño que resultaba al instituto de estas licencias, y S. M. quedó muy satisfecha sin darse en nada por ofendida.

Inmediato al monasterio de S. Dionisio estaba otro de monjas de Santa Ursula: cayóse una pared que dividia los dos conventos, y sirvió esto de ocasion para que las religiosas de Santa Ursula entrasen á ver á las de la Visitacion, y con ser algunas parientas, se facilitó mas esta comunicacion. Luego que Vicente lo supo, dispuso que no continuase tal abuso, diciendo que las monjas debian considerarse como muertas para el mundo, y que siendo el cielo su patria, no habian de reconocer parientes en la tierra.

En las visitas que hacia á los monasterios, trataba siempre de que las monjas sacasen fruto de sus amonestaciones y pláticas espirituales: encargábales que leyesen de continuo la Regla y constituciones, diciéndoles que se habian de leer como los israelitas despues de la cautividad leian el libro de la ley, quienes acordándose de las veces que la habian quebrantado, derramaban lágrimas de arrepentimiento. Exhortábalas á la práctica de todas las virtudes, particularmente de las que son propias del estado religioso; les manifestaba lo importante que es en las comunidades la obediencia y respeto á los superiores, y que las discordias que en ellas suele haber eran efecto de la falta de respeto de los súbditos á los prelados, lo que habia originado la ruina

de muchos monasterios. Con igual paciencia oia á la última de las novicias como á la mas anciana del convento, pues tal es la condicion de la caridad, que no sabe hacer distincion entre personas, y si prefiere, es al mas necesitado. Era tan afable y bondadoso, que ninguna tenia dificultad en comunicar con él sus tentaciones y combates espirituales, y el Señor le habia dado una gracia singular para consolar á las almas atribuladas, en términos que muchas veces con solo descubrirles sus males, quedaban libres de sus aflicciones. Habia entre otras una religiosa que padecia una afeccion interior tan violenta, que la dejaba abatida, y el cuerpo quedaba tan maltratado de la lucha del espíritu, que se habia inhabilitado completamente para los ejercicios esteriores y servicio de la comunidad; y habiendo manifestado al siervo de Dios estos padecimientos que tenia, con solo este medio sanó en poco tiempo, y quedó mas alentada que nunca para desempeñar despues los oficios de maestra de novicias y superiora por espacio de muchos años.

Cuando le comunicaban las monjas sus dudas, antes de dar respuesta se recogia dentro de sí mismo para consultar con Dios aquel negocio, y de este modo sus consejos los estimaban y recibian, no como resoluciones del discurso humano, sino como inspiraciones del cielo. Decia siempre antes de responder: In nomine Domini; palabras que le eran muy familiares, y comenzaba su respuesta por el nombre del Señor, para que guiase su lengua, y no le permitiese errar en lo que aconsejaba.

Finalmente, sus visitas á los monasterios nunca fueron inútiles, pues las religiosas sabian aprovecharse tan bien de las lecciones de Vicente, que, como han afirmado varias veces, causaron en muchas una repentina mudanza de costumbres, y en todas se renovaba el espíritu que las encaminaba por la estrecha senda de la perfeccion.